

*Los túneles morados*, de DANIEL BELMAR.  
Zig-Zag, 1961

Siempre he sentido una profunda y sincera admiración por el celebrado autor de "Coirón", "Roble Huacho", "Ciudad Brumosa" y otros libros, que ha enriquecido nuestras letras con el valioso aporte de su talento creador y ha incorporado a nuestra literatura nuevos elementos, sumergiéndose como un buzo alucinado en el fondo de la vida para extraer un puñado de vivencias.

Ahora, Daniel Belmar acaba de publicar *Los túneles morados*, editada por Zig-Zag, en la que el autor nos ofrece una nueva dimensión de su capacidad novelística y de su indiscutible oficio de escritor.

Esta nueva novela de Belmar se desarrolla en dos planos diferentes. En el primero, el autor nos conduce, como un hábil y oculto lazarillo, por los sórdidos rincones de Concepción y nos introduce a la vida nocturna de un pequeño grupo de estudiantes universitarios, noctámbulos, bohemios, que buscan en el vino y en la noche un ilusorio alivio a su tensión y angustia espiritual.

En el segundo plano, aparece un personaje indefinido, que escribe emotivas y hermosas cartas a una hermana, como quien se alivia de un fardo difícil de llevar. Son recuerdos, vivencias, reflexiones, que adquieren inesperadas resonancias en el alma del lector, que no se pregunta quiénes son esos personajes sino que se deja arrastrar por esa fuerza desconocida que emana del autor y que, en último término, es la determinante del éxito de un libro.

A nuestro juicio, este segundo plano, a pesar de su brevedad, es el más valioso, el mejor elaborado, el de más consistencia artística. En él reaparece a ratos el autor de "Coirón", con su dolor reprimido, su silenciosa angustia ante la vida, su penetrante intuición para hurgar en el alma compleja de los hombres. El artista, generalmente, no es sino el sensible receptor de los dolores propios y ajenos, de su perplejidad ante el extraordinario y complejo escenario de la vida, en la que nada es inverosímil y a la que se asoma como si estuviera al borde de un abismo.

En *Los túneles morados* ambos planos se complementan y dan originalidad, interés y animación a esta novela, que transcurre en una sola noche, preñada de risas, lágrimas y angustias. Los estudiantes universitarios, el Oso, el Chino Domínguez, el Barbón, el Abuelo, Oskar, Martinelli, transitan bajo la lluvia por sórdidos arrabales, beben, discuten, filosofan, charlan en ínfimas tabernas, en compañía de prostitutas, rateros, rufianes, taberneros, de toda esa heterogénea y extraña humanidad que brota del fondo de la noche en todas las ciudades del mundo y desaparece tragada por la luz del día.

Predomina en esta novela un clima de amargura. La atmósfera, a ratos, se nos hace asfixiante, negra y despiadada. Nos hace falta un poco de luz, una ráfaga de aire puro que lave el mefítico ambiente de la noche de arrabal. Abundan los borrachos, los derrotados, los abúlicos, los que nada o poco esperan de la vida, golpeados por la suerte o vencidos por el vicio. No nos sorprendemos ni extrañamos, porque hemos conocido ambientes semejantes, pero existe también, en esa vida canallesca, una porción de luz que casi siempre conduce a la esperanza.

Se advierte, desde las primeras páginas, que Belmar conoce lo que escribe. Es posible que algunos episodios sean autobiográficos. El proceso de elabora-

ción artística, por lo general, está íntimamente ligado a las vivencias y experiencias del autor. De ahí el realismo vital, la fluidez del relato, el caminar sin jadeos por las calles, bares y prostíbulos, en compañía de los protagonistas, que se sumergen en la noche buscando una evasión a través de los "túneles morados".

Esos muchachos universitarios, borrachos de vino y de angustia, bajo la lluvia de arrabal, interrogándose a sí mismos, sin obtener respuestas, golpeándose sin piedad contra el invisible muro de la noche, torturándose para abrir una brecha en el enigma de sus vidas, simbolizan, en cierto modo, el espíritu "existencialista" de una época que será siempre transitoria, porque la angustia de vivir se renueva cada día.

Daniel Belmar puede sentirse satisfecho de su última obra. Si no está a la altura de "Coirón" ni "Roble Huacho", es un nuevo y valioso hito en su carrera literaria, en la que ha logrado tantos y merecidos éxitos. Por otra parte, revela una admirable vitalidad artística y literaria. Belmar no se encasilla ni se encasilla en determinados temas. Por el contrario, nos está dando fehacientes pruebas de que su talento creador puede probarlo en cualquier tema. Es un mérito valioso e indiscutible que nos complacemos en consignar en estas líneas.

*Gonzalo Drago*

*La copia y otros originales*, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA  
Nascimento, Santiago de Chile, 1961

La expresión de González Vera es esencialmente irónica, quienes no lo estiman mucho y alternan con él, casi siempre sonriente, con modales amables que aparentan acoger y establecer distancia, hablan de una actitud convencional, fría como en falsete, distante de cómo imaginamos a los sudorosos, contradictorios y a veces sinceros seres humanos. Pero González Vera es como es o es, pasada la frontera de los 60 años, como la vida ha querido modelarlo. Nunca se sabe el destino de la sensibilidad, a través de los duros engranajes de la existencia. Hombres astutos que hablan como muriéndose, desinteresados de todo, han sido sensuales, ávidos, voraces. Sujetos impertinentes que buscan la agresión, como un secreto, a fin de ser agredidos y compensar su íntima necesidad de martirio, son de verdad seres tímidos, inseguros, con estas mismas fallas lanzadas hacia afuera, con una arrogancia que choca y se siente tirada de los cabellos, artificial. González Vera derivó desde sus primeras prosas, azorinescas, con estampas finas que son aciertos inolvidables, hacia el humorismo de caricatura, helado y cruel por instantes, chaplinesco, cuando la tendencia íntima del autor se inclina, como él mismo lo dice, hacia el vencido, al filántropo de buena ley, al apóstol incomprendido, al orador sin auditorio, al vendedor sin clientes. Cabría preguntarse si resta un espacio humano, demasiado humano en esta actitud, si la línea de la caricatura simplifica, a veces, demasiado, si recorta con desmedro de la carne palpitante, menos graciosa y estética, pero no menos interesante para quien desea interpretarla y conducirla a una expresión literaria. Podría señalarse también un matiz entre humorismo sano, gozoso, remanente de una poderosa salud e ironía cruel, amarga, como los perfila, situando cada sentimiento en su parcela, Benedetto Croce en sus ensayos sobre el humor, pero